

18

ANTROPOLOGÍA

julio-diciembre 2024
VOL. 9 NÚM. 18

AMERICANA



INSTITUTO PANAMERICANO DE
GEOGRAFÍA E HISTORIA



latindex



Antropología y literatura. Una entrevista a Maya Lorena Pérez Ruiz

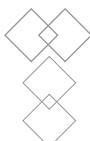
Cristina Oehmichen Bazán

Instituto de Investigaciones Antropológicas (IIA), Universidad Nacional
Autónoma de México (UNAM), Ciudad de México, México,
correo electrónico: oehmichen@unam.mx

Históricamente la antropología y la literatura han dialogado, generalmente de manera implícita a la hora de narrar un acontecimiento, una festividad, un ritual. Antes del desarrollo de la antropología como una disciplina científica, la literatura había nutrido los imaginarios europeos sobre las culturas distantes y los mundos extraños, con seres que habitaban más allá de Ultramar. La descripción de la otredad, representada por las culturas del Nuevo Mundo, se ofrecía a los lectores europeos a través de la literatura, teniendo en “los otros”, esto es, en las otras culturas, un elemento persistente en las narraciones y en los personajes de ficción.

La antropología acude a la escritura de lo que se observa y se escucha, a través de la etnografía. La historia oral, los mitos, los rituales, las formas de vida de un pueblo, son descritas por el antropólogo o la antropóloga a través de la escritura etnográfica. Esta escritura es un medio para conocer “al otro” y reflexionar sobre la alteridad.

Los debates postmodernos que realizan una crítica a la supuesta objetividad del escrito etnográfico, han señalado que el acto de escribir es una forma de objetivar una visión del mundo (la del observador) a través de la narración antropológica sobre el sujeto que es visto y narrado (el informante o la comunidad estudiada). Desde esta perspectiva, el “antropólogo como un autor” aparece como un sujeto que contribuye a la construcción de una ficción, al interpretar y traducir lo que piensan y hacen los miembros de otras culturas.



ANTROPOLOGÍA AMERICANA | vol. 9 | núm. 18 (2024) | Entrevista | pp. 203-209

ISSN (impresa): 2521-7607 | ISSN (en línea): 2521-7615

DOI: <https://doi.org/10.35424/anam.v9i18.5892>

Este es un artículo de acceso abierto bajo la licencia CC BY-NC-SA 4.0

Al igual que el antropólogo, el literato abreva del mundo social, solo que en el caso del primero, se busca la objetividad mientras que el segundo no tiene necesidad de demostrar nada, ni indicar sus fuentes o decir de donde surgen sus afirmaciones: basta con hacerlas creíbles. La creación literaria no es un hecho aislado ni tampoco es solamente un producto de consumo para el ocio: es el reflejo y recreación del mundo social y de la subjetividad que lo envuelve. Es a través de la obra de Rosario Castellanos que conocimos, en nuestras primeras lecturas, las formas de explotación a las que habían estado sujetos los pueblos indígenas del sureste de México. Y fue a través de Bruno Traven que nos enteramos, muchos de nosotros, de la vida en los peones de las haciendas y de los indígenas que se rebelaban en el México de principios del siglo XX. La literatura es una construcción sociocultural del que escribe y del lector, quien participa como cómplice silencioso.

La literatura y la antropología se nutren de la vida social, y por eso son similares. Tal como lo expresa González Alcantud en su libro *Literantropología. El hecho literario, entre cultura y contracultura*, literatura y antropología han ido de la mano, sobre todo cuando el positivismo y el empirismo no pueden escapar de sus contradicciones, que requieren romper a las normas del objetivismo, sobre todo cuando el hecho antropológico va más allá que la simple descripción, cuando nos adentramos en el estudio del mito, de la creencia o de la magia. En otras palabras, cuando se indaga en torno a las subjetividades de los sujetos del estudio.

Existe una larga tradición en la relación entre antropología y literatura. En el caso de México hay obras en donde la narración literaria se nutre de la observación etnográfica, como sucede con el libro de Ricardo Pozas, *Juan Pérez Jolote*, o *El Diosero* de Francisco Rojas González. Está también la obra de Carlos Navarrete, el arqueólogo y escritor guatemalteco radicado en México cuyos relatos sobre la literatura oral de los mayas de las tierras altas de Guatemala, recuperan la literatura oral y otras expresiones de cultura popular que se refieren al origen del maíz y a la poesía popular que está presente en las oraciones, alabanzas y novenas al Cristo de Esquipulas. Navarrete viaja entre la arqueología, el ensayo etnográfico y el relato literario. Entre sus obras destaca su libro *Luis Cardoza y Aragón y el Grupo Saker-Ti* en el que aborda el ambiente cultural y político del periodo revolucionario guatemalteco vivido entre 1944 y 1954, o la novela *Los arrieros del agua* que lo hizo merecedor del Premio Nacional de Literatura 2005 en su natal Guatemala, o también *La conquista divina*

de Michoacán de Jean-Marie Le Clézio, quien se inspiró de sus vínculos con los purépechas y los conocimientos de la historia de Michoacán.

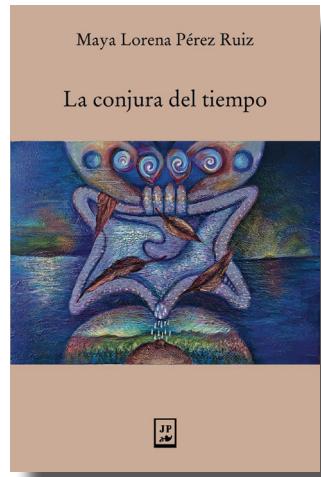
Ahora, Maya Lorena Pérez Ruiz, antropóloga mexicana ampliamente conocida por su trayectoria académica, así como por sus contribuciones al conocimiento antropológico a través de sus libros y artículos sobre la cultura de los mayas de Yaxcabá, o sobre el levantamiento de los zapatistas, o también como analista del patrimonio cultural, hoy nos da a conocer una faceta oculta de sus habilidades narrativas. En 2022, publicó un libro de cuentos, titulado *Vientos desnudos*. Hoy, en 2024, nuevamente nos sorprende con la publicación de su novela *La conjura del tiempo* publicada por editorial Juan Pablos.

A continuación, se presenta una entrevista con la autora, realizada en agosto de 2024.

Toda la vida te has consagrado a la antropología y tienes una gran cantidad de publicaciones en esa materia. ¿Qué fue lo que te llevó a incursionar en la literatura?

Escribir para mí no es la única forma de relacionarme con la literatura porque siempre he sido una ávida lectora. Los cuentos y novelas han sido ventanas para asomarme al mundo, y no únicamente con el afán de saber o de entretenerte sino para conocerme y re-conocerme como parte de una humanidad amplísima y diversa, y al mismo tiempo común, creativa y entrañable.

Sin embargo, pasar de lectora a escritora de literatura ha tenido su propia evolución, que incluyó ir de la escritura académica a aquella que no cabía en los informes, artículos y libros que había que realizar desde la objetividad y la racionalidad del científico, y se liberaba para narrar desde otro lugar: desde



la percepción, la imaginación y el mero placer de jugar con las palabras para construir imágenes o plasmar desbocadas emociones; y luego hacer de esos actos de libertad narraciones que por su propia lógica terminaban en cuentos y en novelas; hasta llegó por fin el momento de atreverme a publicarlas.

¿Qué antropólogo no tiene en paralelo a su diario de campo un cuaderno alterno, o un montón de hojas sueltas donde colocar lo que vive intensamente en sus noches de soledad? Lo que no significa que pasar de un tipo de escritura a otra sea un acto mecánico y dependiente de la mera voluntad. No es que una mañana alguien se despierte y diga “hoy voy a escribir un cuento o una novela” y ¡listo! Tampoco basta con que se tenga una buena historia que contar, porque ¡vaya que los antropólogos tenemos muchas! Ni se trata únicamente de adquirir un método o una técnica. Incluye, además del interés y la decisión, un profundo acto de transformación, que abarca la forma de la escritura y lo que se escribe, pero que sucede en el marco de una revolución interior de gran envergadura, porque se ha de dar un salto para colocarse en otra orilla del oficio de escribir. En un lugar que abre la inteligencia y la memoria a nuevas formas de escucha, creación y expresión; en que las palabras que se plasman en un escrito literario emergen en tu cabeza con cierta sonoridad, ritmo y trayecto, e incluso emocionalidad, mediante una red de conexiones múltiples, difíciles de explicar, pero que suceden. De allí que un escritor sea capaz de sorprenderse por la evolución de un personaje, que no había imaginado antes, y de llorar intensamente por su muerte. Algunos sintetizan eso como una vocación, como una capacidad innata que incluye el convencimiento de que ese ímpetu por la escritura literaria ya se traía en algún gen, herencia de algún ancestro, y se fue desarrollando a su paso, alimentado por infinidad de pequeños hechos que culminan en un imperioso llamado en el que escribir literatura toma por asalto, obligando a la persona a escribir como si respondieras a un llamado interior. Algo que he aprendido es que las obras literarias terminan construyendo realidades con una capacidad de condensación que pone al desnudo lo mejor y lo peor de la humanidad. De allí su enorme capacidad de crear empatías y rechazos, y de despertar nuestras más recónditas emociones.

En mi caso, mis cuentos y novelas se acumulan en libretas, papeles y discos de computadora, porque los he venido escribiendo desde hace decenas de años, y ha sido parte del proceso de reconocerme como escritora el atreverme a publicarlos, algo que empecé hacer apenas hace unos años, cuando me incorporé al colectivo latinoamericano Mujeres que cuentan, con el que publicamos 5 antologías: *Once Mujeres que cuentan* (2017), *Mujeres que cuentan erotismo* (2018), *Mujeres de miedo que cuentan* (2019), y *Mujeres que cuentan secretos* (2020). Proceso que se afianzó en el año 2021 con mi primer libro de cuentos *Vientos desnudos* y sigue ahora en 2024 con la publicación de mi novela *La conjura del tiempo*.

2) ¿Cuál sería, desde tu punto de vista, la relación entre literatura y antropología? ¿En qué se parecen y en qué se distinguen?

Es usual que a un escritor se le hagan ciertas preguntas, y una de ellas es sobre la subjetividad y emocionalidad que lo caracteriza. Pregunta que denota un cierto sesgo filosófico/ontológico, que coloca de un lado la subjetividad creativa y por el otra la racionalidad científica; dando por sentado que la escritura literaria es casi mística, un regalo divino de inspiración, opuesta a la escritura objetiva, supuestamente real que gobierna a los académicos. De allí el lugar común de considerar que la escritura literaria es un acto totalmente subjetivo, de ingenio individual y de absoluta y plena soledad. Yo, tengo una perspectiva un tanto diferente. Para mí escribir literatura es un “hecho total social”, donde se entrelaza lo objetivo con lo subjetivo, lo individual con lo colectivo, los conocimientos y la razón con la imaginación y los sentimientos; y donde se expresa la capacidad de crear y de exponer aquello que nos marca y nos ha tatuado el ser desde que nacemos en un lugar, en un tiempo, y al haber sido construidos desde cierto condición de género, dentro de ciertos contextos de posibilidad. Condiciones de ser y estar que a veces nos sujetan y en otras nos permiten ir más allá de lo que se nos impone, haciendo de la escritura literaria un acto de plena y gozosa libertad creativa. En mi caso, no puedo dejar de escribir desde lo que soy, y mi identidad se construye en la intersección de ser mujer, hija, madre, antropóloga y escritora mexicana (michoacana para ser más exacta), miembro de una generación que fue y sigue siendo rebelde.

Considero que el antropólogo y el escritor tienen algunas cosas en común pero difieren en otras. Ambos son altamente observadores y por oficio ven, observan, reflexionan y escriben, y también tienen cierta preferencia por explorar y preguntarse por el ser, el existir y por los avatares de las relaciones consigo mismo y con el “otro”, sea éste una persona, un grupo familiar o social; además que tienen el reto de luchar contra la llamada “hoja en blanco” y de exponerse a publicar lo que escriben, con todo lo que ello implica en términos de reconocimiento y de lograr consensos o disensos respecto de lo que dicen. Difieren en la finalidad de la escritura y en las cualidades de la misma. A los antropólogos se les considera capaces de crear conocimiento y de aportar “datos duros de la realidad”, si bien cada vez más se reconoce que lo hacen desde un locus de enunciación que no los libera de cierta subjetividad. De muchas formas su quehacer se enmarca en el objetivo de dar cuenta de realidades para generar y transmitir conocimiento. El literato en cambio, no se concibe como un educador y su escritura se libera de ese “deber ser” y deja sus palabras en libertad para que expresen a plenitud los sentimientos que lo gobiernan; generando puentes en los que la razón, la inteligencia, el conocimiento, la experiencia y la imaginación actúan al unísono para crear universos ficcionales de sentido; que, como ya dije, muestran realidades verosímiles (aunque se coloquen en la luna, en el centro de la tierra o en el futuro) que son altamente significantes —que podrían llegar incluso a ser síntesis ontológicas—, capaces de movilizar la identificación entre el escritor y el lector en torno a situaciones, peligros, emociones, temores y esperanzas. La construcción literaria resulta ser, entonces, un campo de

condensación de realidades, que además de jugar con la sonoridad poética del lenguaje, de ritmo y forma, espacio y tiempo, articula ámbitos de vivencias múltiples; ya que con sus maneras de decir y comunicar el escritor es capaz de incursionar en la creación estética destinada a conmover y a conmocionar, y de construir escenarios cargados de significación en que los lectores podrán verse e identificarse para compartir con él los mismos dolores y preocupaciones, o para disentir o controvertirlo, o tal vez para recorrer en comisión el camino al infierno y la debacle, o para alcanzar las mismas esperanzas y perspectivas utópicas. En ese sentido, y sólo desde esas cualidades literarias, el escritor puede considerarse que incide en la vida social; ya que al ser un creador de mundos puede participar en transformar el mundo real, directa o indirectamente, al evidenciar algo que otros no ven, al acompañar al lector en sus preocupaciones, o al motivar, voluntaria o involuntariamente, a hacer algo para cambiar ciertas realidades, si bien en su vida personal puede o no asumirse como un militante de causas sociales.

3) Cuéntanos en pocas palabras de qué trata tu novela La conjura del tiempo.

Mi novela puede ser leída de muchas maneras: como una historia de amor, un thriller político/policíaco, o incluso como una tragedia que involucra en choque entre distintos modos de vida. De manera simple diré que la novela se desarrolla al pie de la cordillera nevada de un lugar imaginario de Suramérica para mostrar la complejidad de un lugar que condensa personajes, acontecimientos y elementos provenientes de la tradición y de la modernidad que se confrontan en proyectos civilizatorios y formas de ser y estar en el mundo. En ella se tejen historias de amor, con intrigas políticas y religiosas, saqueo de genes y de recursos mineros estratégicos como el litio y el níquel, para crear escenarios en donde los personajes develan sus sentimientos y temores más profundos, a través de su actuación en torno a sus convicciones sobre aquello que debe cambiar o permanecer en un horizonte de futuro cargado de presagios; dictados éstos por dioses antiguos o modernos, según la razón de la que cada quien parta para debatirse y confrontarse con los otros.

4) ¿Y cómo nació? ¿De dónde salió la motivación y la inspiración para escribirla?

La novela se gestó a finales del siglo XX sobre el puente más moderno de La Paz, Bolivia, construido para cruzar el río Choqueyapu. Desde allí podían verse la cordillera y las cumbres nevadas del Illimani con sus más de seis mil metros de altura. Era un sitio de un magnetismo especial ya que en ese sitio la población aymara, urbanizada y con gran poderío económico, ritualizaba sus bodas con gran lujo y apropiándose de la modernidad, por ejemplo, al portar suntuosa ropa elaborada con telas traídas de china y al brindar con champaña en copas de cristal; mientras que para los jóvenes desamparados no indígenas era el mejor

sitio para tirarse de cabeza. Mi espíritu antropológico empezó a indagar, pero pronto la imaginación me llevó a escribir un cuento que se convirtió en novela ante la complejidad de la trama que se me imponía, seguramente bajo la fuerza de lo que había ido acumulándose en mí, a lo largo de cuatro años de vivir en ese país, como paisajes, personajes y vivencias que se liberaban para cobrar vida propia. Estaban allí el lago Titicaca, la gente del altiplano con sus rebaños de llamas, alpacas y vicuñas, los misioneros colonizadores de camisa blanca y corbata y pantalones negros que recorrían las áridas planicies con su biblia bajo el brazo, las cholitas frondosas y risueñas que me llamaban “caserita”, las cofradías de danzantes, las máscaras y diablos del carnaval de Oruro y de la procesión del Gran Poder, la feria anual de miniaturas, el trato injusto a los indígenas que los convertía en bestias de carga en los mercados, y por supuesto, lo que se gestaba ya como una ruptura inevitable de la sociedad ante la magnitud de la discriminación y la injusticia. Y, sin embargo, lo que escribía no era un espejo, un reflejo de la realidad, sino una creación que inventaba otro país, otras maneras de hablar y a otras personas, como si un canto telúrico emanara de esa tierra para dictarme la escritura. Terminarla y darle la estructura y el lenguaje que ahora tiene me llevó muchos años en las que tuve que delinear a cada personaje para que fuera prototípico de un lugar y una época, al tiempo que la trama expresara los grandes dilemas y conflictos del mundo contemporáneo; es decir para que desde su particularidad proyectara situaciones y condiciones humanas universales.

5) *¿Hay algún personaje con el que te identifiques o al que quieras de una forma especial?*

Si, para mí Clementina es entrañable. Ella es una mujer de origen campesino que por haber violado las costumbres de su pueblo tiene que huir, y llega a la ciudad como un ser sin linaje que debe volver a nacer como persona, y a falta de tener un buen marido para conversar, lo hace en diálogo con el Santo Señor Crucificado, patrón de la cofradía de comerciantes a la que pertenece. Ante él se pregunta cuestiones fundamentales y toma decisiones, pero también lo confronta y exige respuestas al representar una manera de religiosidad y de estar en una sociedad que ella no acaba de comprender. Ella simboliza el esfuerzo de convivencia entre gente de mundos con visiones distintas, y las dificultades que se tienen para lograrlo. De ella me gusta su fuerza, su generosidad, su buen humor y la elegancia de su porte, con su sombrerito puesto de lado, sus largas trenzas negras cargadas de colguitas para la buena suerte, y su andar sensual y armonioso, enfundada en sus siete fustanes blancos y su brillante pollera de colores satinados.

5) *Gracias Maya Lorena, por este entrevista. No me queda más que decir que desde el principio la novela te atrapa y que, por su forma y escritura, es ágil y te mantiene en vilo, así que la recomiendo ampliamente.*

